

**TÚ
HOY NO
TE
CASAS**

**MARÍA JOSÉ
VELA**



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Tú hoy no te casas*

© 2017 M.ª José Vela

Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya
Fotografías cubierta @Shutterstock

1.ª edición: abril 2017

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2017: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

ISBN: 978-84-16580-65-1

BIC: FRD

Depósito legal: B 7924- 2017

Impreso en España

2016.- Estilo Estugraf Impresores S. L.

Pol. Ind. Los Huertecillos - nave 13

28350 Ciempozuelos (Madrid).

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A mi padre, mi mayor fan.

Bienvenida

Mario Benedetti

Se me ocurre que vas a llegar distinta
no exactamente más linda
ni más fuerte

ni más dócil

ni más cauta

tan solo que vas a llegar distinta
como si esta temporada de no verme
te hubiera sorprendido a vos también
quizá porque sabés
cómo te pienso y te enumero

después de todo la nostalgia existe
aunque no lloremos en los andenes fantasmales
ni sobre las almohadas de candor
ni bajo el cielo opaco

yo nostalgio
tú nostalgias
y cómo me revienta que él nostalgie

tu rostro es la vanguardia
tal vez llega primero
porque lo pinto en las paredes
con trazos invisibles y seguros

no olvides que tu rostro
me mira como pueblo
sonríe y rabia y canta
como pueblo
y eso te da una lumbre
inapagable

ahora no tengo dudas
vas a llegar distinta y con señales
con nuevas

con hondura

con franqueza

sé que voy a quererte sin preguntas
sé que vas a quererme sin respuestas.

Tenía que reconocerlo: estaba impresionante envuelta en mi vestido de novia. Y cuando digo impresionante quiero decir perfecta, magnífica, regia, divina, deslumbrante... En una palabra: tremenda.

Un repentino silencio se apoderó de la habitación y todos me miraron con la boca abierta. Reflejadas en el espejo, examiné las caras de asombro de las quince personas que habían obrado el milagro a base de horquillas, alfileres y cosméticos. Hasta la chica gótica con la cara llena de *piercings* que me había maquillado, una tal Loreto Neri, parecía emocionada de verdad. Sin embargo, nadie se atrevió a decir nada hasta que mi madre, la editora de moda más poderosa del momento, confirmó el éxito.

—¡Guau! —exclamó.

Todos respiraron aliviados.

—Querida, ha sido un placer vestir un cuerpo que merece mi talento —aseguró Dado Caruzzi.

Para ser un diseñador con apenas un año de carrera, su autocomplacencia era desmedida, pero la promesa que le había hecho mi madre de llevarlo a la fama a cambio de un maravilloso vestido gratis había desatado su vanidad.

—¡Coco, estás preciosa! —exclamó mi hermana Chris. Sí, ambas teníamos nombre de diseñadores de alta costura muertos y recordábamos la crueldad de nuestra madre cada vez que enseñábamos el DNI.

—Eso parece —murmuré, intentando reconocermé en aquella figura ideal que me miraba desde el espejo entornando los ojos.

—Voy a cambiarme —anunció mi madre al salir de la habitación.

—Y yo. ¡Vamos, equipo! Todos a mi cuarto —gritó Dado

de pronto, lanzando palmadas al aire—. Yo también quiero brillar hoy.

En menos de diez segundos Chris y yo nos quedamos solas.

—Cuando te vea Jaime se va a caer redondo. Estás guapísima —afirmó frente mí.

—¿Tú crees? No estoy segura. Hay algo que...

—¿Bromeas? ¡Mírate bien, tonta! —exclamó apartándose a un lado.

Obedecí. Me miré de frente, de un lado, del otro, de espaldas a lo Elsa Pataky... Me miré de todas las formas posibles. Estaba espectacular, pero algo fallaba y no conseguía averiguar el qué. Tal vez fueran las lentillas. Las usaba tan poco que seguía sin acostumbrarme a ver el mundo tras ellas. Bajé del pedestal sobre el que me habían obligado a subir para retocar el vestido y fui directa al baño.

—Chris, ¿puedes traer mi bolso, por favor? —supliqué, retirando aquellos circulitos babosos de mis ojos con cuidado de que no se corriera el rímel.

—Toma. ¿Estás bien? —se interesó mi hermana.

—Sí, pero hay algo que...

Hurgué en mi bolso Eva de Louis Vuitton con manos temblorosas hasta que encontré mis gafas. Me las puse, volví a la habitación y me examiné de cerca en el espejo, buscando el fallo con detenimiento.

El vestido era una maravilla. Siempre me había sentido acomplejada por estar escuálida hasta rayar el mínimo aceptable por la Organización Mundial de la Salud, y odiaba cuando mi madre me recriminaba no haber aprovechado tal «bendición de la naturaleza» con una exitosa carrera de modelo, que ella misma habría dirigido. Sin embargo, aquel vestido de seda y escote palabra de honor convertía mi delgadísima figura en la de una mujer imponente.

A lo mejor el error estaba en el peinado, pero tampoco. Habían recogido mis indomables rizos negros en una

trenza adornada con flores, excepto dos mechones que jugaban con gracia sobre mi frente, resaltando el encanto azul de mis ojos, que, esta vez, no podría esconder tras las gafas. En cuanto al maquillaje ¡Maldita sea! Aquella chica gótica era un verdadero genio.

Volví a subir al pedestal y di un par de vueltas observándome de arriba abajo. No había ningún fallo. Me veía sofisticada y altiva, no podía ser de otra manera. Todo lo relativo a la boda, incluida yo, debía ir acorde con el poder que mi madre ostentaba en la alta sociedad. Ella, la gran Minerva Capdeville, la reencarnación de Nerón en el mundo de la moda, la persona que decidía quién alcanzaba la fama y que con solo una llamada de teléfono podía enterrar en el olvido a quien fuera, no podía permitir que su primogénita se casara de forma discreta.

En cuanto a Jaime, Chris tenía razón. Se iba a caer redondo. Y sus amigas también. Mi futuro marido era una joven promesa de las finanzas tan atractivo que siempre éramos el centro de todas las miradas, especialmente las femeninas. Primero lo observaban a él con deseo y después me sondeaban a mí buscando el secreto, la clave del éxito, el «qué - tiene - ella - que - no - tenga - yo - para - cazar - a - un - hombre - como - ese». Cuando descubrían mi pelo rizado recogido en una cómoda coleta y el potencial de mi cuerpo de modelo envuelto en ropa tan cara como discreta, venían los gestos de mofa y los cuchicheos.

—Es la hija de Minerva Capdeville. Podría ser guapísima, pero no sabe sacarse partido. Es evidente que él está con ella por interés. ¿Sabías que es fisioterapeuta en la clínica de su padre? ¡Con la cantidad de dinero que tienen! —escuché una vez a mis espaldas.

Alcé la mano para contemplar mi anillo. Tenía tantos diamantes y era tan exclusivo que le había costado a Jaime una verdadera fortuna.

—Una pieza única para la única mujer a la que he ama-

do y a la que amaré hasta el fin de mis días. ¿Quieres casarte conmigo?

Habría sido el momento más romántico de toda mi vida, pero las ciento cincuenta personas que esperaban mi respuesta le restaron encanto. Jaime pensó que sería fantástico sorprenderme con una pedida de mano por todo lo alto. Y acertó. Al menos en lo de sorprenderme. Me quedé tan impactada que no pude pronunciar ni una sola palabra. Jaime se tomó el silencio como un sí, me besó y todos aplaudieron. Al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio rechazaría a un hombre como aquel y la vida perfecta que había diseñado para nosotros? Porque Minerva y él lo tenían todo organizado y consensuado. La luna de miel por el océano Índico a bordo de un crucero de lujo, su brillante carrera en el banco de inversión de su familia y el máster en el que, ¡sorpresa!, ya me habían matriculado para que dejara de ser, al fin, la rebelde fisioterapeuta en la que me había convertido para llevar la contraria. Y no solo eso. Empezaría a trabajar en la revista de moda de mi madre que, ¡otra sorpresa!, algún día llegaría a dirigir yo misma. No, nadie podría rechazar algo así. Estaba claro que íbamos a ser muy felices. Todo nos favorecía, nos queríamos y se suponía que estábamos enamorados. Se suponía, sí. ¿O acaso alguien sabe qué significa estar enamorado?

Bajé del pedestal y me acerqué al espejo. Intenté sonreír. No pude. Asustada, di un paso atrás. Aunque todo fuera ideal, el vestido, el peinado, el maquillaje y el novio, algo fallaba. El tiempo se me echaba encima y yo no era capaz de encontrar qué era. Las manos empezaron a sudarme y mi corazón se puso a latir como loco.

—Chris —clamé.

Mi hermana se acercó con una sonrisa compasiva.

—Anda, vuelve a ponerte las lentillas. Como venga

mamá y te vea con las gafas, las tira por la ventana —me aconsejó.

Obedecí en silencio. Fui hacia el baño respirando con dificultad, dejé las gafas en mi bolso e intenté ponerme de nuevo las lentillas. Temblaba tanto que tuve que pedirle a Chris que me ayudara. Ella se burló de mi temblor y la risa me ayudó a sentirme mejor.

—¿Coco? ¿Estás aquí?

La voz de mi padre llegó con entusiasmo hasta el baño. Chris salió corriendo a recibirlo.

—¡Papi! No te muevas, siéntate y cierra los ojos —propuso entusiasmada—. Coco, ven.

Salí del baño y me coloqué frente a nuestro padre, que sonreía a ciegas sentado en una silla estilo rococó demasiado baja para su tremenda altura.

—Ya puedes abrirlos —anunció Chris.

Aunque intentó disimularlo, a papá se le llenaron los ojos de lágrimas nada más verme. Se levantó despacio y, cuando se acercó a mí para darme un abrazo, como siempre, Minerva nos estropeó el momento:

—Luis, si tocas ese vestido te denuncio —amenazó con su voz oscura, demasiado grave.

Irrumpió en mi habitación con el ramo de novia y los ojos desafiantes seguida de Pierre, su cuarto marido, un multimillonario francés que tenía nietos de mi edad.

El ambiente se tensó al máximo y mi estómago pidió a retortijones huir del campo de batalla. Chris y yo nos miramos con tristeza.

—Hola, Minerva. Estás... —No pudo seguir. Pobre papá.

—Ya. Tú también —replicó mi madre con indiferencia.

—Pierre, encantado de verte de nuevo —saludó mi padre.

—*Lúiiiis* —contestó mi padrastro con su manía francesa de poner los acentos en el lugar equivocado—. Tengo

que *hasegte* una consulta después. Sigo sintiendo esos *dialogues* en el pecho.

—Mejor pásate por la clínica. Te haremos un examen completo —le ofreció.

—Los coches están a punto de llegar —interrumpió Minerva—. En cuanto aparquen frente al *hall* me avisarán para que bajemos. Chris, tú y yo iremos con Pierre en el Rolls-Royce. Tu padre y Coco vendrán detrás en la limusina.

—¿Y yo? ¿En qué coche voy?

Lola, mi transgresora mejor amiga, apareció de repente con un vestido espectacular y el pelo lleno de rastas. No contábamos con ella porque llevaba un año en la India y la sorpresa de verla allí fue un alivio bárbaro. Todos la adorábamos, incluida Minerva, aunque el motivo de su cariño tenía un porqué: Lola era el eslabón perdido en una dinastía de rancio abolengo, pero tenía tanto dinero y tantos títulos nobiliarios que mi madre siempre encontraba la forma de alabar sus extravagancias.

—¡Lola! —exclamamos todos.

—¡Ló-lá! —exclamó Pierre.

—Querida, tu nuevo *look* es tan original ¡Estás muy guapa! —mintió Minerva, que no pudo evitar poner cara de asco cuando le acarició las rastas.

—Estás preciosa —la saludó mi padre, y él sí era sincero.

—¿Qué tal por la India? —preguntó Chris al abrazarla.

—¡Muy bien! De allí me traje estos pelos. Bueno, ¿dónde está la novia? —preguntó entusiasmada. Todos se apartaron para que pudiera verme—. ¡Coco! ¡Qué guapa es...!

Se quedó sin palabras y yo di un par de vueltas para que pudiera contemplar el vestido. Hoy sé que ni siquiera lo miró, aunque entonces me negara a reconocerlo. Plantadas la una frente a la otra, el tiempo se detuvo para nosotras, mientras el mundo y mi boda giraban a nuestro alrededor con toda su insensatez.

Lola, solo Lola, se había dado cuenta de que algo fallaba.
—¿Te gusta? —le preguntó Chris.

El teléfono de Minerva impidió la respuesta. Los coches acababan de llegar a nuestra gigantesca mansión y todos nos pusimos en movimiento con los nervios a flor de piel. Minerva daba órdenes tajantes a cada paso, recordándonos el protocolo a seguir, el orden de entrada en la iglesia, el de salida, el momento de sonreír, el de estar serios... Bajamos al vestíbulo, frente al cual una limusina infinita y el impresionante Rolls-Royce de Pierre nos esperaban. Minerva me obligó a sentarme en una postura imposible para que no se arrugara el vestido y, tras prohibirme terminantemente que me pusiera el cinturón de seguridad, me dio el ramo y cerró la puerta dejándome, por fin, a solas con mi padre. Sin mediar palabra me giré hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Coco, el vestido —advirtió nervioso.

—Que nos demande —contesté a punto de llorar.

—Voy con vosotros —anunció Lola entrando en la limusina.

—¡Lola! No puedes estar aquí, el protocolo dice...

—Adoro a Minerva —me interrumpió—. Es tan comprensiva cuando le recuerdo que soy grande de España que hasta se pasa el protocolo por el forro.

La limusina se puso en marcha. Mi padre y yo nos agarrábamos fuerte de la mano mientras Lola se movía traviesa por los asientos laterales, saltando de uno a otro, vigilando constantemente el Rolls en el que iban Minerva y los demás.

Tras unos minutos de emotivo silencio mi padre susurró:

—Coco, estás segura de lo que vas a hacer, ¿verdad?

—Papá, es un poco tarde para preguntarme eso, ¿no crees?

Me miró con tristeza.

—No te lo he preguntado antes porque Jaime parece un buen chico y tú eres lo opuesto a Minerva, por lo que el éxito está asegurado, pero...

—Papá —lo regañé.

—No, no lo digo con acritud, de verdad —afirmó apretando mi mano aún más—. Coco, desde que tu madre me dejó he intentado rehacer mi vida mil veces y nunca lo he conseguido. ¿Sabes por qué?

—Conociendo a mamá, es posible que una cláusula del convenio regulador te lo prohíba —bromeé, y en cuanto vi una mueca de dolor en su rostro me arrepentí.

—No, no es por eso —susurró—. Nunca he podido rehacer mi vida porque, aunque he intentado olvidarla de todas las formas posibles, sigo amando a Minerva como el primer día.

El aire de la limusina se hizo tan denso que se me cortó la respiración. Hasta Lola detuvo su baile de asientos por un instante, impresionada por lo que acababa de escuchar. Éramos amigas desde los trece años y sabía perfectamente las barbaridades por las que mi madre había hecho pasar a aquel hombre destinado a llevarme al altar.

—No puedo creerlo —fue todo lo que acerté a decir.

—Sí, a veces a mí también me cuesta —confesó él con mirada triste—. De hecho, he tardado años en reconocerlo.

—Papá —murmuré.

No quería escuchar más. La pena me estaba matando y él se dio cuenta. Apretó mi mano sonriendo y dijo:

—No, no sufras por mí. Te aseguro que, a pesar de todo, me considero un hombre afortunado. Casi nadie llega a sentir jamás algo tan intenso por otra persona y todo lo bueno que he hecho en la vida: como teneros a ti y a Chris, estudiar Medicina o montar la clínica, fue fruto de mi amor por Minerva. Además, en cuanto tenga la menor oportunidad de recuperarla volveré a luchar por ella y, esta vez, estoy seguro de que lo conseguiré. ¿Sabes por qué?

—Ni idea —confesé.

—Porque estar enamorado es sentir en el otro —afirmó, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Y eso, ¿qué significa? —pregunté sin comprender.

—Que eres invencible, Coco, porque esa conexión es el motivo más grande por el que vale la pena vivir. Por eso quiero preguntártelo una vez más: ¿estás segura de lo que vas a hacer?

Lola se revolvió nerviosa de nuevo. Miraba por la ventanilla como si en ello le fuera la vida y no dejaba de tocarse la parte baja de la espalda.

—¿Podrías estarte quieta, por favor? Me estoy mareando —suplicué.

—Solo será un momento —aseguró Lola.

Para evitar responder a mi padre miré por la ventanilla yo también, intentando averiguar qué demonios le pasaba a mi amiga. Estábamos a punto de pasar un semáforo en ámbar. El coche de Pierre giró a la derecha justo cuando el disco cambió a rojo y nuestro chófer se detuvo.

—Perfecto. ¡Vámonos! —exclamó Lola de pronto.

—¿Perdona? —murmuré.

No me hizo caso y abrió la puerta de la limusina, insitándome a que saliera.

—El coche de Minerva se ha saltado el semáforo. No pueden vernos. ¡Vámonos! ¡Ahora! —insistió saltando a la calle.

Me quedé muerta.

—¿Irnos? ¿Adónde? —musité buscando en mi padre una respuesta imposible.

Lola asomó la cabeza al interior del vehículo.

—Tú, hoy no te casas. ¡Vamos! —exclamó tendiéndome la mano.

—¿Perdona? —pregunté alucinada.

—Lo que has oído —contestó mi amiga.

—¡Pero tengo que hacerlo! —afirmé con rotundidad,

apretando tanto el ramo de flores que casi las dejo secas en un segundo.

Lola alargó su cuerpo pasando por encima de mí para enfrentarse, cara a cara, con mi padre:

—Luis, la respuesta es «no». No está segura de lo que va a hacer porque ni siquiera sabe quién es. Por eso debemos irnos. Díselo tú, por favor.

Me quedé sin palabras. Aquello era una solemnísima tontería. ¿Cómo que no estaba segura de lo que iba a hacer y de quién era? ¡Claro que lo estaba! Iba a casarme con Jaime porque me quería y yo era... Yo era... ¡Yo era...!

Todo se nubló por un instante a mi alrededor, el instante en que descubrí que la duda era la respuesta.

Sentí que me ahogaba y la postura rígida que debía mantener era ya insostenible. Sin embargo, no fui capaz de mover ni un solo músculo hasta que la voz de mi padre me hizo reaccionar:

—Vete. Yo me haré cargo de todo.